

6 Análisis comparativo de una literatura erótica latina

Por Jerónides LOZANO RODRIGUEZ(*)

Intentamos ofrecer una visión panorámica de la variopinta literatura erótica que floreció en Roma. Y para tomar una noción cabal del concepto del amor y su evolución a través de los tiempos que corrieron en los lares de Roma, adoptaremos un criterio comparativo entre los distintos cultivadores de este género literario, los cuales, como representantes de una época determinada, nos manifiestan el ideal del amor y su transformación a lo largo de la historia romana antigua. Con esta intención, tomaremos como punto de partida el momento en que Roma deja tras sí y da al traste con la «moral antigua», o conjunto de virtudes que definían el prototipo de Romano: el romano venía a ser un labriego y un soldado, y la romana, una respetable «materfamilias», entregada exclusivamente al gobierno interno de la casa, a la crianza de los hijos y destinada a guardar fidelidad incólume al marido, habiéndose consagrado durante siglos lo que, en términos actuales, llamaríamos una «sociedad machista»; sin embargo, consideramos que no sería atribuible al término «machista» el sentido peyorativo que podría significar, al aplicarlo unívocamente a una sociedad actual, de circunstancias esencialmente distintas. En el conjunto de la población predomina el arraigo a la tierra, a la vida del hogar y a la veneración de los antepasados/muertos. Y, en términos generales, se proclama a los cuatro vientos la fidelidad a las tradiciones de los antepasados, «mos maiorum».

Poseedor característico de esta idiosincrasia es M. Porcio Catón (234-149 a.C.). Fue el prototipo del «viejo romano», tradicional y severo, considerado el último famoso representante y bastión de tal linaje. Alternativamente, fue durante su vida un guerrero valiente, excelente campesino y un cáustico orador. Después del desastre de Cannas hubo necesidad de sacrificarlo todo por la patria, y se votó una ley que, entre otras cosas, estipulaba que la mujer no podía lucir alhajas de un valor superior a media onza de oro, ni adornarse con vestidos multicolores. Pero, terminada la guerra, la urbe recobra su prosperidad y las mujeres, que se habían acomodado a las restricciones durante el estado de emergencia, reclaman de nuevo sus fueros; en el 195 se propuso en la asamblea popular suprimir las restricciones de la mencionada ley, y las mujeres protagonizaron una manifestación por las calles hasta el foro, donde se celebraba la asamblea, presionando a los hombres para que votaran la derogación de la ley. Catón, cónsul a la sazón, se manifestó defensor acérrimo de la ley y dirigió a la asamblea un discurso lleno de altivez masculina y desprecio hacia el bello sexo. Pero en esta ocasión no prosperó la actitud adoptada por Catón, al surgir un tribuno galante que le replicó, inclinando la votación de la asamblea a favor de las mujeres.

Por lo demás, la idea que Catón tiene de la mujer en general se manifiesta en la descripción de la mujer campesina como ideal ama de casa:

«Hazte temer de ella. Que no sea aficionada a gastar. Visite lo menos posible a las vecinas y a las demás mujeres, y no las reciba ni en la estancia ni donde ella esté. No acuda a

comer a ningún sitio; no se recogije en el paseo. No tome parte en ninguna ceremonia religiosa, ni disponga sin orden del señor o de la señora: sepa que es el señor quien realiza el acto religioso para toda la casa.»

(«De agricultura», CXLIII)

Catón combatió a Escipión el Africano con el mismo tesón con que luchara contra el derecho de las romanas a vestir con lujo; porque veía en Escipión y su familia la encarnación de los nuevos tiempos: una funesta admiración por la civilización griega más avanzada. Le irritaba que aquella gente, incapaz de penetrar en el espíritu de la cultura griega, tratase de adquirir un «barniz» de helenismo a fin de no pasar por bárbaro; y no soportaba el fasto de los Escipiones y sus modales regios, incompatibles con la sencillez de un republicano.

Pero la batalla había comenzado a favor de ese helenismo, que acabaría por imponerse en la cultura y formas de vida romanas, hasta el punto que más tarde Horacio afirmaría en sus «Sátiras»: «Graecia capta ferum victorem cepit», «Grecia, después de conquistada, conquistó a su feroz vencedor».

De Nevio a Ennio, pasando por Plauto y Terencio, se generalizó entre los romanos la necesidad de recurrir a algún modelo griego para cualquier intento literario. A comienzos del s. I. a. Cto. encontramos un nuevo elemento literario en Roma: el epigrama erótico elegíaco, introducido en lengua latina por unos cuantos aristócratas romanos. Hacia el año 70 a. Cto. llega a Roma un poeta griego, Partenio de Nicea, cautivo como sus antecesores, Andrónico, Terencio y Polibio, el cual se convirtió en el mentor literario de una peña de poetas jóvenes, a los que introduce en la poesía de los alexandrinos. Estos poetas nuevos, «neóteroi», vivían en una sociedad rodeada de peligros y en vía de descomposición, pero llena de preocupaciones artísticas.

Uno de éstos es T. Lucrecio Caro, que, junto con Julio César, son los únicos escritores clásicos latinos nacidos en la ciudad de Roma. Escribió un macizo poema en 6 libros, «De rerum natura», que viene a desarrollar la filosofía materialista de Epicuro. Pero Lucrecio elige únicamente el aspecto físico y cosmológico, en lo que aquél sólo vaía la base indispensable de su ética positiva. De tal forma que vivir en un grupo jovial y armónico de amigos, que era el ideal de Epicuro, resulta inconcebible en Lucrecio. Venía a ser así el polo opuesto de Calvo y de Catulo, incluida su actitud ante el amor. A pesar de que el libro I comienza con una solemne invocación a Venus como madre de Eneas y de los Romanos, símbolo de la naturaleza creadora a través de su ropaje mítico, y celebra su fecundidad, ya en el libro IV, cuando habla del sexo, lo representa tétricamente como locura, como dolor seguro:

«Esto es Venus para nosotros; de aquí Amor tomó su nombre; así Venus empieza a destilar en nuestro corazón

(*) Catedrático de latín del IB «Aluche 2», Madrid.

aquella gota de dulzura, a la que sigue el cuidado glacial. Pues, aunque el ser amado esté ausente, a mano están sus imágenes, evitar lo que da pábulo al amor y volver la mente a otras ideas: descargar el humor acumulado contra un cuerpo cualquiera, antes de retenerlo y guardarlo para un único amor, y procurarse así cuitas e inevitable dolor.»

(De rerum natura», IV, 1058-1067.)

En este momento mismo de la posesión, el ardor de los amantes fluctúa incierto y sin rumbo, dudando si gozar primero con las manos o con los ojos. Apretujan el objeto de su deseo, infligen dolor a su cuerpo, a veces imprimen los dientes contra los labios amados y los lastiman a fuerza de besos; porque no es puro su placer y un secreto aguijón les instiga a hacer sufrir a aquello mismo, sea lo que fuere, de donde surgen estos gérmenes de furor.»

(Ib. 1113-14)

Para Lucrecio, pues, las consecuencias del amor son siempre funestas, como se desprende de esta larga disertación del libro IV y que, a modo de conclusión, resumen estos versos:

«Todo en vano, pues de la fuente misma del goce surge una especie de amargor que en medio de las flores produce congoja.»

(Ib. 1133-34)

Contemporáneo de Lucrecio y representante excepcional del grupo de los «poetas nuevos», es G. Valerio Catulo. Hijo de un prominente ciudadano de Verona, donde se cree que nació Catulo en el 87 a. C., gozó de una infancia sin ahogos, recibiendo una educación esmerada. A la edad de veinte años se traslada a Roma para completar su educación y emprender una carrera política brillante. Pero, introducido enseguida en la sociedad elegante y en los círculos intelectuales de Roma, inicia una vida azarosa de aventuras y desventuras, no sólo amorosas sino también económicas, según él mismo nos informa a lo largo de sus poemas. En un círculo de amigos compenetrados ideológicamente, se lanza Catulo a escribir sátiras contra César, a una con su amigo Licinio Calvo, llegando a sentir que su vocación por la poesía era el destino de su vida.

La Roma de Catulo posee un contexto sociopolítico de bancarrota, pasada la edad dorada en que el ciudadano se sentía unido al destino de su poderosa patria, y es lógico que el interés de la literatura por el Estado ceda el paso a la expresión de los sentimientos individuales, especialmente del amor y del odio. Aparece la mujer como objeto central de la poesía romana. A Catulo y su Peña les repugna la poesía épica histórica, híbrida de héroes y dioses mitológicos, aplicada insipidamente a cualquier hecho político, a la manera de Ennio y otros. En cambio, se sienten poderosamente atraídos por la poesía de Lesbos y su círculo social del s. IV, poesía personal y escrita en lengua vernácula por aristócratas ociosos.

En los poemas de Catulo la mujer se llama Lesbia, en honor a Safo de Lesbos, la mujer que mejor cantara el amor. Se trata, en realidad, de una tal Clodia, hermana de Clodio, héroe del populacho, mujer divorciada de su primer marido y esposa, probablemente, del cónsul Metelo Céler; dotada de gran encanto y belleza, pero amoral, irresponsable y frívola. En medio de un ambiente libertino encuentra Catulo este gran amor, la pasión que hizo de él un poeta inspirado. Un hombre con sangre celta en las venas, asimila fácilmente el subjetivismo helénico, que le llevó a afirmar su propio «yo», rompiendo los moldes de aquella disciplina cívica y familiar característica de los romanos. Viene a ser como el testimonio que nos deja la literatura del caso definitivo de las antiguas virtudes latinas. Cuenta Catulo que estando en casa de un amigo se le presenta Lesbia como «una diosa», como «su querida», desde cuyo momento comienza el poeta a desarrollar el «servitium» a una «domina»; temática que luego recogerá Propertio. Con ello invierten el sentido

usual de las relaciones en la poesía erótica griega: los poetas griegos cantaban el deseo y la pasión de las amantes, no de los amantes. Catulo cuenta de sí mismo lo que Safo contaba de sí misma: la propia historia amorosa llena de alegrías, miserias y rebeliones, y trazada con una sinceridad pasmosa. Aunque imite a los griegos y a Safo, en particular, nada hay más personal ni más auténtico en materia erótica que la poesía de Catulo. Así expresa la embriaguez en que su amor le ha sumido:

«Me parece que es semejante a un dios; me parece, si ello es posible, que supera a los dioses aquel que, sentado frente a ti, puede contemplarte y escucharte a menudo, con dulce sonrisa, dicha que priva a mi alma de todos mis sentidos; porque a penas te veo, la voz se apaga en mi boca, mi lengua se paraliza, un fuego sutil corre por mis miembros, un zumbido interior colorea mis oídos y una noche doble se extiende sobre mis ojos.»

(Carmina, 51, 1-12)

El amor a Lesbia llega a ser un fuego que enloquece a Catulo y le hace perder las amarras de la realidad y de la lógica. Desearía perpetuar esta felicidad, pero, en medio de la misma, surge la idea de la muerte, que inevitablemente la cortará. Por eso quiere gozar al máximo, mientras viva, y, en la fogosidad de su amor, anhela desbordarse sin contar los besos:

«Vivamos Lesbia mía, y nos amemos; y nos importen un bledo las murmuraciones de los viejos severos. Los ardores del sol pueden morir y renacer; pero nosotros, cuando se nos muera la breve luz de nuestra vida, tendremos que dormir una sola noche eterna. Bésame mil veces, después ciento, después otras mil, y otra vez ciento, otras mil aún, y después cien más.»

(Carmina, 5, 1-9)

En esta primera fase de la trayectoria amorosa es cuando el marido de Lesbia se ausenta de Verona, habiendo sido nombrado cónsul, y Catulo se asienta definitivamente en Roma con Lesbia, y posiblemente entonces siguiera su apasionado amor el curso normal. A esta época, suponemos, pertenecen los poemas de amor sin sombras, especialmente los del motivo de los besos, Carmina 5 y 6, y de los juguetes líricos sobre el gorrión de la amada, Carmina 2 y 3:

«Gorrión, delicias de mi amada, con quien suele jugar y a quien acostumbra tener en su seno y darle, cuando se lo pide, la yema del dedo, provocando tus ardientes picotazos...»

(Carmina, 2, 1-4)

En el año 59 muere Metelo envenenado y Lesbia comienza una carrera desenfundada a la búsqueda de nuevos amos. Catulo se hunde en la tortura y se deshace de celos, derrochando mordaces ataques a sus rivales y lamentaciones dirigidas en medio de su dolor a Lesbia:

«Antes, Lesbia, decías que sólo conocías a Catulo y que en su lugar no abrazarías ni al mismo Júpiter. Yo te quise entonces, pero no como a una vulgar amiga, sino como un padre quiere a sus hijos y a sus yernos. Ahora ya te conozco y, aunque me abandono al fuego que me abrasa, no dejas de ser a mis ojos mucho más vil y despreciable.»

(Carmina, 72, 1-6)

Maltratado por esta pasión, convertida en amor maldito, Catulo odia a Lesbia, deplora sus desvaríos y bajezas, pero la desea ardientemente al propio tiempo, produciéndose el cruce de sentimientos encontrados, con lo que introduce en sus poemas el tema del «odio y amo», heredado del conceptismo helénico, al que Catulo supo dar una sinceridad total y la transparencia de su pasión por Lesbia:

«Mi Lesbia me maldice, me nombra a cada instante; apuesto la cabeza a que me adora. ¿Cuál es la señal? Pues

que a mi me ocurre lo mismo; a cada hora la execro, y apuesto la cabeza a que la quiero.»

(Carmina, 92)

Y, como resumen de este famoso tema, nos dejó Catulo este tan breve cuan espléndido poema:

«Odio y amo. Preguntarás tal vez por qué lo hago. No lo sé, pero es lo que siento y me torturo.»

(Carmina, 85)

Después de una larga serie de abandonos y traiciones por parte de Lesbia, salpicada de breves reconciliaciones, Catulo consigue desligarse, al parecer, y no sin honda pena, del amor de Lesbia. Así muestra esta plegaria que, con el corazón desgarrado, dirige a los dioses:

«... Yo no os pido que ella corresponda a mi amor, o lo que no es posible, que intente ser honesta, sanarme yo deseo y arrojar de mí esta enfermedad. ¡Oh dioses!, concedme esta merced en gracia a mi piedad.»

(Carmina, 76, 23-26)

En la obra de Catulo queda reflejada la erótica existencia en los diferentes usos y costumbres de la Roma de su época. En ella desfilan las prostitutas y se mencionan las termas, los banquetes, las villas de recreo; hay cantos de bodas como el «Epitalamio de Tetis y Peleo» y la versión de «El bucle de Berenice» de Calímaco, un bellissimo canto a la fidelidad conyugal; o el poema 66, que narra las relaciones antematrimoniales y la celebración de la primera noche de bodas. Tampoco podía faltar en la obra panerótica catuliana la «musa pederástica» o «paídica». Sabemos que la «pederastia» se remonta en sus orígenes a Esparta, donde el «eros dórico» había surgido como una virtud militar, llegando a adquirir el rango de institución y casi de ley: consistía en que un guerrero de edad madura enseñaba a un joven su «areté» o virtud militar. Surge así una relación de camaradería en la que el joven amado resulta ser el depositario de la virtud guerrera del amante maduro. Más adelante, el nuevo guerrero entablará nueva relación transmisible de su «areté» con otro joven posterior, asegurándose, de este modo, la continuidad del sistema guerrero espartano. De Esparta pasa a Atenas el «eros paídico», donde adquiere nuevas connotaciones por tratarse de una sociedad no guerrera; aquí se trataba de preparar al muchacho para ser un buen ciudadano. El adulto griego se encontraba en el gimnasio con un muchacho hermoso, quizá desnudo, avezado al ejercicio físico y al cultivo del lenguaje. Comenzaba una relación consistente en la enseñanza y aprendizaje respectivos del bagaje de virtudes cívicas, aflorando el «eros pedagógico», como resultado del equilibrio entre el prestigio de la madurez y el esplendor de la juventud, con atracción mutua. Esta relación erótico-pedagógica alcanza su máxima expresión en el amor socrático, comunión espiritual entre el bien y la belleza, desarrollada en los diálogos del Platón.

Esta primera acepción de la pederastia, con carácter estético-erótico, evolucionaría posteriormente en la sociedad helenística a una consideración ambigua de la belleza del muchacho, cristalizando en la atracción por lo más efímero de esa belleza. Esta realidad del mundo antiguo fue constatada continuamente por los poetas: Anacreonte, Píndaro, Teognis, Calímaco y otros; aparte, dramaturgos y filósofos.

En esta última línea se conforma el «eros paídico» de Catulo, que escribió bellos poemas referidos casi siempre al joven Juvencio al que describe con los más tiernos calificativos:

«Te robé mientras jugabas, encantador Juvencio, un beso más dulce que la dulce ambrosía. Pero no lo tomé impune, pues recuerdo que estuve por más de una hora atado en lo alto de una cruz, mientras me disculpaba contigo y no podía con aquellas lágrimas ablandar en lo más mínimo tu ira.»

(Carmina, 99, 1-6)

Esta pasión por Juvencio no destruía su amor a Lesbia, ya que, probablemente, las cimas del deseo de esta típica relación paídica coincidirían con los abandonos y traiciones de la amada. Lo único que hace es poner de manifiesto el frenesí romántico de Catulo, que se entrega con su intensidad y fogosidad características, no a una aventura, sino a una posibilidad más de su creación y goce por la belleza, concretamente de la juventud. Sin embargo, Catulo ataca a César y a Mamurra, tachándolos de maricas y bardajes; pero lo que reprocha en ellos es la vulgaridad e indiscriminación en entregarse a esos amores, puesto que la «musa paídica» imponía sus normas y debía flotar en un ambiente de refinamiento y exquisited propios de una elevada educación.

Paralelismo y semejanza con Cátulo tenemos en la vida y la obra de Sexto Propercio, ¿47? al ¿15? a. C., nacido en una aldea de Umbría, una de las más bellas regiones de los Apeninos, de una familia plebeya, pero perteneciente a la gran burguesía acomodada.

Dieciséis años contaba Propercio, cuando conoció a la dama de sus pensamientos. La llama Cintia, en honor del monte Cintio de la isla de Delos. El flechazo fue recíproco y a Cintia le halagaba desde el principio sentirse cantada por el amante poeta. Pero Propercio pierde la cabeza por este amor apasionado que trastornaba su vida; porque Cintia es una mujer coqueta y juega con él como el gato con el ratón, no dudando dejarle plantado, cuando aparece un rico admirador, pasajero y oportunista. El libro I de sus elegías comienza con un breve resumen del desarrollo general de su vida afectiva, reflejada a lo largo de la obra, y con el mismo tono melancólico que será la constante, salpicada de altibajos:

«Cintia la primera me cautivó, triste de mí, con sus ojos, antes de que yo hubiera sido tocado de pasión alguna. Entonces el Amor castigó el orgullo habitual de mi mirada y puso mi cabeza bajo sus pies, hasta que, cruel, me enseñó a odiar a las castas doncellas y a vivir sin razón alguna. Y ya esta locura no me abandona hace todo un año, cuando además soy obligado a tener los dioses en contra.»

(Elegías, I, 1, 1-8)

Propercio se mantiene en guardia, atormentado por los celos y suspicacias que le llevan a atacar a sus rivales reales o imaginarios:

«Envidioso, ¡reprime de una vez tus importunas palabras y déjanos ir juntos por nuestro camino! ¿Qué pretendes, insensato? ¿Sentir los raptos de mi demencia? Infeliz, te apresuras a conocer los peores males y a arrastrar, desdichado, tus pasos entre los desconocidos juegos del amor, y a beber todos los venenos de Tesalia.»

(Elegías, I, 5, 1-6)

Exasperado Propercio por el abandono de Cintia, se entrega al dolor y prorrumpe en ayes y lamentos, hablando a los árboles del bosque, al suave viento, a las fuentes, a las rocas, o a la puerta que le cerró el acceso a la amada:

«Desde que se pusieron las mesas, yo era el motivo de risa de los convidados y cualquiera podía ser ocurrente a costa mía. Cinco años pude servirte fielmente; más de una vez, mordiéndote las uñas, lamentarás mi fidelidad perdida. No me conmuevo por tus lágrimas: preso he estado de esa treta; llorar, Cintia, sueles después de tus ardidés. Yo también lloraré al separarme de tí; pero tu ofensa puede más que el llanto. Tú no permites que siga el yugo que bien nos unía. Adiós, umbrales que llorabáis con mis palabras, y adiós, puerta, que con todo, no fue rota por mi mano airada.»

(Elegías, III, 25, 1-10)

Y de este modo el amor en Propercio deviene un ardor apasionado, donde, no obstante, las alegrías más dulces van siempre mezcladas a dolores llegados al encono. Podemos concluir que la idea del amor-enfermedad, concebida

por los griegos, adquiere en Propertio el calor mismo de la vida.

Pocas noticias ciertas se conservan acerca de la vida de Albio Tibulo. Se cree que nació en el año 54 a. C., en el seno de una familia ecuestre venida a menos, después de la distribución de tierras a los veteranos de Augusto.

De aspecto elegante, pero de complexión débil y enfermiza, después de acompañar al general Valerio Mesala Corvino en su expedición contra los aquitanos, conservó un poso de horror y repugnancia a toda clase de guerras, consagrándose por entero a la poesía. En ella, como contrapartida, se desahoga en la descripción de la felicidad sencilla y de la vida campestre. Canta el amor con acentos menos emocionados que Catulo y Propertio, resultando un amor que no se vierte en sensualidad desenfundada, sino en un sentimiento profundo y desinteresado, llegando casi a lo sagrado. En sus elegías inmortaliza los nombres de tres amantes sucesivas: Delia, Glicera y Némesis:

«Tuvo un duro corazón de hierro quien, pudiendo poseerte, creyó preferible, insensato, ir en pos de botín y guerras.»
(Elegías, I, 2, 67-68).

«Yo, estando contigo, Delia mía, me conformaré con unir mis bueyes y apacentar mi rebaño en el monte solitario y, mientras pueda, te estrecharé con mimo entre mis brazos y mi sueño será blando aunque duerma sobre el inculto suelo.»

(Ib. 73-76)

El amor inspira a Tibulo melancolía antes que pasión, apareciendo frecuentemente la idea de la muerte, fin de las horas de amor y deleite, lo que vale a Tibulo el título de primer elegiaco de la literatura latina:

«Entretanto unamos nuestros amores, mientras los hados lo permitan; pronto vendrá la Muerte con su cabeza envuelta en tinieblas; no tardará en llegar la perezosa ancianidad, y con las sienas encanecidas ni podremos amar ni cambiarnos dulces expresiones. Ahora rindamos culto a la alocada Venus, en tanto no me avergüence de quebrantar cerrojos y trabar amorosos combates.»

En esto soy buen general y buen soldado.»

(Elegías, I, 1, 69-75)

Aunque es tendencia general en la obra de Tibulo cantar y ensalzar a la esposa amable y fiel, y desea convertir a la amante en ángel del hogar, sin embargo, como buen hijo de su época, rinde culto a los otros tipos de amores reinantes en el ambiente: tal es el caso de su enamoramiento de la cortesana Némesis; y siguiendo la moda importada de los griegos cultiva la «musa paúdica» en tres elegías dedicadas a Marato, mocito griego no identificado, acerca de cuya realidad histórica no están de acuerdo los autores. Pero, ya sea el reflejo de una pasión real de Tibulo o simplemente una invención literaria, estas composiciones vienen a ser la exaltación de lo que los romanos dieron en llamar «vicio griego»:

«No intentes, ¡ay de tí!, no intentes mezclarle con la turbamulta de tiernos adolescentes, pues siempre va con ellos motivo suficiente de inclinación amorosa: éste agrada por su destreza en frenar con las riendas el ímpetu de un caballo; este otro, porque sabe hender las tranquilas aguas con pecho blanco como la nieve; aquel otro seduce por su continente de fuerte audacia y el de más allá dulce virginal candor en sus mejillas. Pero no desmayes si al primer intento te rechazan; poco a poco entregarán su cuello al yugo.»

(Elegías, I, 4. 9-16)

«¡Ay de mí! ¡Con qué larga espera de amor me tortura Marato! No me sirven ni las artimañas ni el engaño. Apídate de mí, pequeño, no me conviertas en torpe fábula para que se rían de mis imponentes enseñanzas.»

(Ib., 80-84)

En la poesía de Tibulo late un fondo de misterio, porque Tibulo buscaba la tranquilidad y el sosiego en la duración de

las cosas, fuera de las ambiciones y lejos de la violencia de la guerra. Y este afán se polariza en el amor; pero un amor que se le escapa con la fuga de la persona amada y deja a Tibulo perplejo, aunque resignado, entre la nostalgia de las horas de posesión y el abandono definitivo.

Otro poeta, cuyos escritos eróticos han sido siempre más conocidos y celebrados a niveles populares, es Publio Ovidio Nason, 43 a. C. al 17 ó 18 p. C. Nacido en Sulmona y educado en Roma para la retórica, no muestra dotes de orador, sintiéndose poderosamente atraído por la poesía, hasta el punto de que, como él mismo dice: «et quod temptabam dicere, versus erat», «y lo que intentaba decir, me salía en verso».

Desde el principio se muestra inspirado por la musa frívola de los versos amorosos. El nombre de Corina, que adopta el ídolo femenino de sus poemas, pasa pronto a los labios de toda Roma. Pero Ovidio no vivió lo que escribe, y sus obras carecen, por eso, del aliento de las pasiones violentas de los otros poetas elegiacos. El amor en él es objeto de un estudio psicológico, y su erotismo no es más que galantería, y no la expresión de una intensa sensualidad a la manera de Catulo y Propertio. A juzgar por los datos autobiográficos, aunque su musa es frívola, Ovidio siempre llevó una vida decente. Casado muy joven, se divorció de sus dos primeras esposas, para encontrar la tercera, su auténtica compañera.

A sus veinticinco años publica «Los amores», elegías eróticas al estilo de sus coetáneos y amigos Tibulo y Propertio. Se caracterizan ya por el tono retórico que acompañará a toda su poesía, cuya parte erótica viene a ser un estudio psicológico del amor; sus poemas, más que reflejar una pasión vivida, hacen de Ovidio un teoricista o tratadista del amor. A veces logra efectos sugestivos, como al narrar la visita inesperada de Corina:

«Apenas apareció en mis ojos completamente desnuda, no vi en todo su cuerpo el más mínimo defecto, ¡Qué espalda!, ¡qué brazos pude ver y tocar! ¡qué lindos pechos pude acariciar! Bajo su seno delicioso, ¡qué vientre tan recogido!, ¡qué talle tan arrogante y esbelto! ¡qué pierna tan juvenil! ¿A qué particularizar sus atractivos? Cuanto vi en ella merecía fervorosas alabanzas y oprimir contra el mío su desnudo cuerpo.»

(Amores, I, 5, 17-24)

En esta obra se tratan los aspectos más diversos y chocantes del variopinto mundo del amor, desde lo más grave a lo más trivial. En el ejemplo siguiente destaca el optimismo que produce en el poeta el atractivo existente en cualquier tipo de mujer:

«Si una doncella baja modestamente los ojos, me inflamo, y su pudor se convierte en un excitante para mí. Si la otra se presenta provocativa, me subyuga, porque no es tosca y alienta la esperanza de mil placeres en el blanco lecho. Si veo una intratable, que imita la rigidez de las sabinas, pienso que sabe querer y disimula con orgullo lo que quiere.»

(Amores, II, 4, 11-16)

Posteriormente, ya en plena madurez, publica Ovidio el «Ars amatoria», conocido corrientemente por «El arte de amar». Es un poema didáctico en forma de elegía; un desafío frívolo a cualquier ideal ético, y que se hizo rápidamente popular. Augusto lo llamó «el arte de cometer adulterios», y consideró a Ovidio corruptor de la juventud. Se publica, precisamente, el año en que el emperador destierra a su hija Julia a causa de su vida escandalosa. Diez años más tarde es desterrada Julia, la nieta del emperador, por imitar los ejemplos de su madre. Implicado Ovidio en el asunto, es desterrado a Tomi (hoy Constanza), a sus 51 años de edad, y sus obras fueron retiradas de todas las bibliotecas públicas. El «Ars amatoria» es una especie de

manual del arte de amar; el propósito queda constatado en las diáfanas y declaratorias palabras del comienzo:

«Romanos: si alguno de vosotros ignora el arte de amar, que lea mis versos, que se instruya en ellos, y que ame.»

Divide la obra en tres libros; el primero contiene una explicación informativa respecto a los diferentes lugares de reunión más aptos, y los momentos más oportunos para iniciar las conquistas amorosas:

«No dejes de ir a las carreras de caballos; El circo en donde se reúne el pueblo entero, es lugar muy favorable a los amores. Allí no tendrás necesidad de recurrir al lenguaje de los dedos para expresar tus secretos o de espiar el gesto que te interpreta el pensamiento de la mujer que estas conquistando.»

(Ars amatoria, I, 135-138)

Las lecciones y consejos del segundo libro se dirigen a la enseñanza de los medios que el joven varón ha de poner en marcha para vencer en el empeño. Y en tercer libro se exponen los consejos y normas que ayudarán y protegerán a las jóvenes en la parte que les toca de esa conquista. Porque, según justifica en los comienzos del libro:

«Entrad en el combate con medios iguales, para que triunfen todos, a quienes protege la encantadora Venus y el niño que recorre en su vuelo el vasto mundo. No era justo que las mujeres peleasen desnudas contra hombres armados; pues, incluso para vosotros, varones, sería vergonzoso vencer en tales condiciones.»

(Ars amatoria, III, 3-6)

La ciudad de Tomi, reconociendo la ingente labor del escritor que tenía acogido en su desierto, le rindió honores póstumos, como aun hijo ilustre, en el final de sus días acaecido el 17 ó 18 d. C.

Un hombre, profundamente humano, conocedor de la vida y de la sociedad romana en todos sus aspectos y esferas es Quinto Horacio Flaco, oriundo de Venusa, en Apulia, una zona muy helenizada. Su padre, un liberto recaudador de contribuciones, sacrificó parte de sus bienes para dar una educación esmerada a su hijo, hasta aprender «todo lo que debe saber un hijo de un senador o un hombre rico».

Horacio fue un hombre simpático y de un buen corazón que compartía con sus semejantes la felicidad de vivir que él disfrutaba, e intentó enseñar a encontrar la satisfacción en todos los goces grandes y pequeños de la vida. Se muestra aficionado al vino y a los placeres del amor, pero sin perder la cabeza. Un hombre pequeño y regordete, que se describe a sí mismo como «un cerdo bien alimentado de la pira de Epicuro». El ideal de su vida está resumido en sus «Sermones» o «Sátiras», con la frase «in medio virtus» o justo medio entre la temeridad y el miedo, el desenfreno de las pasiones y el letargo de las mismas, el lujo y la austeridad. Como no renunció a su libertad, rechazando el cargo de secretario particular de Augusto, tampoco se comprometió en matrimonio con ninguna mujer. Y, de acuerdo con esta filosofía, recomienda los amores fáciles, que no ofrezcan riesgos ni compromisos, por disfrutarlos dentro de los límites que permiten las costumbres de la sociedad. En consecuencia, aconseja evitar el adulterio y frecuentar el trato compensatorio de las cortesanas:

«Divina sentencia la de Catón, cuando dijo a un hombre conocido que salía del lupanar: «gloria a ti por tu valor; pues, una vez que el brutal apetito ha inflamado tus venas, mejor es que los jóvenes visitéis estos lugares antes que dedicaros a corromper las esposas ajenas.»

(Sermones, I, 2, 31-35)

Y para hacer valer este consejo y grabarlo profundamente en la mente del lector, en esta sátira, reiterativamente, expone con gran abundamiento, no sólo los inconvenientes y molestias que acompañan a los adúlteros, sino también las ventajas que ofrece el trato con las cortesanas sobre las matronas o mujeres honradas:

«En la matrona nunca lograras ver más que la cara; lo restante lo cubre la ropa, menos en la impúdica Catia.»

(Sermones, I, 2, 94-95)

«En la cortesana no hay obstáculo alguno: la gasa transparente de Cos te permite verla casi como si estuviera desnuda, sin ocultar ni el lindo pie ni el hermoso muslo y pudiendo medirle el talle con tus propios ojos.»

(Ib., 101-103)

Horacio recomienda satisfacer siempre el apetito de los sentidos, por el camino más cómodo y fácil y mostrando indiferencia entre lo «hetero» y «homosexual»:

«Si el apetito te inflama y tienes a tu disposición criada o un esclavo jovencito con quien holgarte, ¿perderías la ocasión, consumiéndote en tu propia llama? No soy de tu parecer. Me gustan los devaneos fáciles y baratos.»

(Ib., 116-119)

Esta misma indiscriminación frente al varón o la mujer, al elegir el objeto de satisfacción para sus impulsos pasionales, haciendo, con ello, alarde de su afición a la pederastia, muestra en otros pasajes:

«Ahora me domina Licisco, que se gloria de vencer en voluptuosidad a la mujer más impúdica. No severos reproches ni graves amonestaciones de amigos podrán arrancarme de esta pasión si ya no es otra llama encendida por alguna tierna doncella, o algún adolescente que anuda en trenzas su larga cabellera.»

Así escribió este hombre de mundo, que logró deleitar a la sociedad más escogida de Roma, cantando los placeres sin estridencias, banquetes, conversaciones o paseos por la ciudad, en la que nada pasaba inadvertido a su sensibilidad artística.

Pocas noticias nos han llegado acerca de la vida amorosa de Publio Virgilio Marón, 70-19 a. C., nacido en una aldea cercana a Mantua. En contraste con los anteriores poetas, Virgilio, al parecer, vivió privado del amor a causa de su endeble salud, o por su dedicación exclusiva para el arte. Únicamente quedan algunos rumores, sin certeza, sobre unos amoríos homosexuales, si atribuimos al poeta anécdotas contenidas en sus propios poemas.

Sin embargo algunos pasajes en la poesía de Virgilio ponen de manifiesto su conocimiento del amor, adquirido, o bien de las experiencias de otros, o bien de las poesías de Apolonio de Rodas o de Teócrito. Ante todo se interesa Virgilio por el análisis psicológico de la pasión. De los diferentes idilios que aparecen en sus bucólicas, el de la égloga II narra los desdenes del hermoso Alexis al viejo Coridón; y no hay fundamento seguro para identificar al poeta con este viejo rústico, que desahoga la pena del rechazo cantando bajo el sol meridiano de Sicilia al son de las roncas cigarras:

«El pastor Coridón ardía de amor por el hermoso Alexis, delicias de su dueño, y ni aun esperanzas alcanzaba.»

(Bucólicas, II, 1-2)

Y para atraérselo, confía sus cuitas, en una especie de plegaria, a la naturaleza rebosante de soles, sombras, árboles, flores, dioses y animales y haciendo gala ante Alexis de cualidades, riquezas o de entretenidos ocios que le puede dar a disfrutar:

«Me desprecias, Alexis, y ni siquiera preguntas quién soy yo, cuán rico soy en ganados, cuánto abunda la blanca leche en mis majadas. Mil ovejas mías vagan por los montes de Sicilia; no me falta leche fresca en el verano ni en el rigor del frío.»

(Ib., 19-22)

En la égloga VIII alternan, cantando, dos pastores: por una parte Damón, que se lamenta de ver casarse con otro la mujer que él amó en su niñez:

«Te vi, cuando eras niña, que ibas con tu madre por mis huertos, cogiendo manzanas cubiertas de rocío. Yo era vuestro guía; entraba entonces en los doce años, y ya podía

alcanzar desde el suelo los frágiles ramos. Así que te vi, empecé a morir.»

(Bucólicas, VIII, 37-41).

Y, por otra parte, Alfesibeo, expresando sus quejas y dolor de verse olvidado de su amado Dafnis.

Como en estos textos, en la restante poesía virgiliana se da una constante: que todos los amores son ajenos e infortunados, reflejo de su propia insatisfacción en tal faceta humana. Amor ajeno y furia de mujer abandonada es la historia de la reina cartaginesa Dido, encendida en el fuego del amor por Eneas; amor que nace desde el final del libro I y llena todo el libro IV, donde termina con explosiones de odio contra el amante fugitivo y desesperación fatal de la reina:

«¿Esperabas, pérfido, poder ocultarme tan negra maldad y salir furtivamente de mis estados? Y, ¿no te contiene mi amor ni esta diestra, que te di en otro tiempo, ni la desastrosa muerte que espera a Dido?»

(Eneida, IV, 305-308).

«Y ¡he de morir sin venganza!, exclamó. Muramos: así, así quiero yo descender al abismo. Apaciente sus ojos desde alta mar el cruel Dardanio de esta hoguera y lleve consigo el presagio de mi muerte.»

(Ib., 659-662)

A pesar de ser ajenos e infortunados todos los amores en la poesía virgiliana, sin embargo, en ella se cantan las excelencias del amor, proclamándose su atractivo y la fuerza natural de la pasión, y se equipara la condición humana con los efluvios placenteros de las flores y con el celo implacable de los animales:

«De esta suerte, en la tierra todos los linajes de los hombres y de las fieras, y todos los ganados y los habitantes del mar y las pintadas aves, todos se precipitan ciegos en las ardientes furias del amor. El amor es para todos el mismo.»

(Geórgicas, III, 242-244)

Elementos eróticos encontramos en otros escritores de época imperial. Tal es el caso de Petronio, que, en la promiscua novela del Satiricón, narra pintorescas escenas de amor típicas de algún ambiente helenizado, pero en un tono

festivo y paródico, destinado a satirizar a los personajes representativos de la novela. Se caracteriza por la obscenidad y la agudeza picante, resaltando más el humor que el erotismo.

De Juvenal tenemos la sátira VI, que es una invectiva amarga y enconada contra las mujeres casadas, y que, si bien, nos pinta cuadros interesantes del ambiente romano de su época, no deja de ser como el lado oscuro de una realidad, ya que su coetáneo Plinio el joven, cuando habla de la vida mundana de Roma, nos ofrece un verdadero correctivo a las exageraciones de Juvenal. Pero todos ellos, incluidos Marcial, Estacio y Persio, en sus escritos narrativos y satíricos de los sucesos cotidianos de todo orden, nos proporcionan interesantes datos para reconstruir el concepto de las costumbres y el amor en la Antigua Roma.

BIBLIOGRAFIA FUNDAMENTAL

BAYET, J.: *Historia de la literatura romana*, Ed. Gredos, Madrid, 1972.

CATULO: *Poesías, texto revisado y traducido por Miguel Dolc*, Ed. Alma Mater, Barcelona, 1963.

GARCIA CALVO, A.: *Virgilio*, Ediciones Júcar, Madrid, 1976.

HORATI FLACCI, Q.: *Opera*, Oxford, 1967.

LUCRECIO CARO, T.: *De la naturaleza, texto revisado y traducido por Eduardo Valentí*, Ed. Alma Mater, Barcelona, 1961.

OVIDII NASONIS, P.: *Amores, Medicamina faciei femineae, Ars amatoria, Remedia amoris*, Oxford, 1968.

PROPERCIO, S.: *Elegías, texto revisado y traducido por A. Tovar y M. T. Belfiore*, Ed. Alma Mater, Barcelona, 1963.

TIBULO, A.: *Carmina, texto revisado y traducido por Enrique Otón Sobrino*, Ed. Bosch, Barcelona, 1979.

VIRGILII MARONIS, P.: *Opera*, Librairie Classique D'Eugène Belin, París, sin año.

VILLENA, L. de: *Catulo*, Ediciones Júcar, Barcelona, 1979.